

Residencia Sagrado Corazón
La Cenia 10 - Tel. 96 391 86 04
46001 VALENCIA

Miquel Sunyol
C/ Vint-i-quatre, nº 6
43100 Tarragona

Valencia 24-1-04

Querido Miquel:

Te recuerdo perfectamente de la época de tu juniorado y luego en San Cugat, tú filósofo y yo teólogo. Recuerdo también la primera visita del Padre Arrupe a las Escuelas Profesionales y, en general, a los Jesuitas de Valencia. Hace de ello ya muchos años, yo era bastante novato en mi primer rectorado, y los recuerdos son parciales, además de que mi memoria no es muy buena para conservar palabras o conversaciones. Procuraré rememorar algo de lo que a tí te interesa.

Efectivamente un grupo de jesuitas, especialmente entre los dedicados al apostolado social, había escrito una especie de manifiesto en contra de la visita que el P. General había de hacer a Franco y, si no recuerdo mal, los de Misión Obrera habían decidido no acudir, como protesta, a las reuniones de encuentro con el P. Arrupe. La reunión de jesuitas que tuvo lugar en las Escuelas era para la comunidad de éstas y para la de la Malvarrosa. Vino solamente José Luis Clausell de la Malvarrosa, no recuerdo si alguno más, pero ciertamente las ausencias se hicieron notar. No guardo la impresión de que la reunión fuera tensa. Cuando surgió el tema de las visitas oficiales, sí recuerdo que habló Clausell tratando de explicar que el no acudir su grupo a esta reunión no iba contra la persona del P. Arrupe, sino que era una actitud testimonial ante el mundo obrero por la situación sociopolítica de la dictadura, o algo así. El hombre se emocionó y no pudo continuar. Recuerdo que también dije yo unas palabras tratando, no de justificar, pero sí de hacer explicable este desplante al P. General, que tanto dio que hablar. El P. Arrupe, con esa humildad característica suya, pero también con serenidad y firmeza, dio a entender que él, como jesuita, cumplía una misión del Papa, a la que ni podía ni debía negarse, por más que no fuera comprendido en algún sector de la Compañía española, el comprometido socialmente, y que más explicaciones no debía dar. Creo que él y Clausell se llegaron a dar un abrazo, pero no me atrevería a asegurarlo categóricamente.

Respecto a la carta que firmaron algunos jesuitas de las Escuelas no puedo recordar que hiciera algo efectivo por pararla. Había lógicamente su división de opiniones, pero eran tiempos de transición bastante revueltos y confusos, yo era joven y no tenía opiniones claras y firmes sobre muchas cosas, ni de cuáles eran las decisiones más correctas a tomar en tan insólitas circunstancias. Digamos que, aun sin compartir ni aprobar ciertas posturas, me parecía poder comprenderlas, al menos en parte.

La comida con todos los jesuitas de Valencia fue en el antiguo Colegio de San José. Ignoraba en aquel momento si la visita a la comunidad contestataria de La Malvarrosa fue iniciativa del P. Arrupe o sugerencia de algún otro. Pero luego supe que fue el mismo P. Arrupe quien lo decidió, contra el parecer de más de uno, y apenas acabada la comida, con el P. Boix como conductor de un seiscientos y yo como Rector de quien dependía La Malvarrosa, nos presentamos de improviso con el P. General en el piso donde vivía la pequeña comunidad. No creo que la expresión "en un ambiente tenso"

sea la adecuada para explicar lo que allí pasó. Les pillamos totalmente descuidados, cuando habían acabado de comer, incluso creo que alguno se había retirado ya a descansar un rato. Lo último que hubieran imaginado es que el P. General viniera a visitarlos, y a estas horas, cuando ellos se habían negado a asistir a la reunión de la mañana. Para mí que se quedaron tan cortados, que no supieron qué decir en aquellos momentos, y así la visita fue correcta y breve, sin que se abordara ningún tema especial de conversación, ni fuera ésta la intención de nadie. Fue, para mí, una improvisación sobre la marcha y un gesto característico del P. Arrupe, si bien algunos opinaban que esto sería como premiar una actitud contestataria en perjuicio de la autoridad del P. General y, en consecuencia, de cualquier otro superior. Pero así era el P. Arrupe. Las palabras que pudiera él decir importan menos que el gesto. Por eso, quizás, yo he olvidado las palabras, pero el hecho no se me borrará en la vida.

Recordat Miquel, es todo lo que puedo recordar en este momento. Tal vez Ramiro Reig pueda añadir alguna cosa más sobre aquella memorable visita, pues él pertenecía a aquella comunidad y, si no me equivoco, estaba ese día en casa.

No tengo inconveniente en que publiques este deslavazado testimonio. Me alegro de, al cabo de tantos años, haber establecido nuevamente contacto contigo.

Una forta abraçada:


Joan Costa s.j.